

**TEMAS DE HISTORIA CONTEMPORANEA
DE AMERICA EN EL ANALISIS
DE JORGE I. DOMINGUEZ**

MANUEL HERNANDEZ RUIGOMEZ
Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo»

Pocas novedades editoriales pueden estar más de actualidad que un análisis en profundidad del presente político de zonas como México, el Caribe y América Central. Si además a ello se añade un estudio serio e inusual, una explicación muy personal y nueva del porqué de la rebelión de las colonias americanas de España en el primer cuarto del siglo pasado, nos encontraremos ante un autor que sabe llegar de verdad a las más íntimas ansiedades del lector interesado. Tres son las publicaciones recientes de Jorge I. Domínguez, Profesor de Sistemas de Gobierno de la Universidad de Harvard, que versan sobre los temas mencionados: *Mexico's Political Economy. Challenges at Home and Abroad; U.S. Interests and Policies in the Caribbean and Central America*, y *Insurrection or Loyalty. The Breakdown of the Spanish American Empire*.

INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

Después de más de ciento cincuenta años transcurridos entre el suceso y nuestros días, es curioso observar cómo todavía pueden formularse teorías novedosas que busquen explicaciones a tal estructura histórica. Se puede decir, sin exageración, que el fenómeno de la independencia hispanoamericana es el que ha motivado una literatura más abundante y, sin embargo, aún se escriben estudios que enuncian teorías diferentes acerca del tema —tratado, bien entendido, globalmente— aportando argumentos que, desde luego —acertados o erróneos—, significan un enriquecimiento historiográfico sin par del tema y la época.

Uno de estos libros es *Insurrection or Loyalty*. En él se plantea la cuestión de por qué unas colonias se rebelaron mientras que otras permanecieron leales a España en el transcurso del primer cuarto del siglo XIX. La respuesta, espaciada en etapas, supone un pensamiento totalmente original sobre la problemática de la independencia y hay que encuadrarla dentro de las corrientes más modernas del quehacer histórico; una metodología que reposa fundamentada en tres puntos esenciales. En primer lugar, el autor delimita el tema a un imperio colonial —el español— y, dentro de él, a cuatro casos particulares, Cuba, Chile, México y Venezuela, que compara exhaustivamente. En segundo lugar, el autor se concentra en tres puntos: el renacimiento de la participación política, la respuesta del gobierno metropolitano y la hábil capacidad de las instituciones políticas para adaptarse a la situación mutante; el aislamiento de estos factores o variables se hace necesario en orden a comprender sus posibles relaciones mutuas y con los cuatro casos coloniales. En tercer lugar, Domínguez propone la aplicación de conceptos de ciencia social para el análisis del sujeto,

debido a la riqueza de datos y a la excelencia de las fuentes históricas que lo ilustran. Para ello el autor se sirve de la sociología, de la estadística, de la geografía humana, de la economía, de las relaciones internacionales, como único camino viable si lo que en realidad se pretende es una comprensión profunda, intelectual, audaz si se quiere, de la significación de unos sucesos que de forma aparentemente inexplicable —en principio— tienen lugar en América a partir de 1808. Lo contrario sería quedarnos en la interpretación fácil y cómoda de la tradición historiográfica hispanoamericana mayoritaria, que se detiene en la invasión napoleónica de la península ibérica y en el consecuente vacío de poder para explicarse —y desgraciadamente también explicarnos— el porqué de la sublevación de unos territorios hasta ese momento leales a la Corona.

El tema central de la obra es, como ya se ha dicho, la búsqueda de una razón que explique por qué unas colonias permanecieron fieles a la Corona y otras escogieron la sublevación, a través del examen del comportamiento político de las masas y de las élites, así como la respuesta gubernamental ante ellos. La investigación llega a conclusiones que, desde mi punto de vista, son realmente nuevas e importantes. La metodología utilizada es, esta vez, más tradicional: tesis versus antítesis. La primera parte del razonamiento se obtiene de los resultados a los que la historiografía ha llegado hasta el presente. Las antítesis provienen de las propias conclusiones del autor. No puedo menos que expresar una cierta reserva mental personal ante la utilización del método dialéctico, del que acepto su idoneidad a la hora de mostrar las contradicciones del sistema —en este caso de las comparaciones—, pero con el que no se pueden superar ciertas dificultades que en una investigación compleja se presentan con facilidad.

La primera hipótesis que Domínguez se plantea es la de si la movilización social explica la aparición de la participación política. La rechaza en base a que tal

participación alcanzaba, en aquellos momentos, niveles muy bajos; a través del compromiso y de la represión se logró enfocar incluso las más violentas explosiones populares anteriores a 1810. Fueron los procedimientos tradicionales de la movilidad social y posicional los que actuaron como válvula de seguridad de las ataduras de aquellos territorios al poder central peninsular.

Tampoco las restricciones al comercio exterior, en opinión de algunos autores, fueron lo suficientemente importantes como para empujar a la población de la América española a la rebelión. Hoy se sabe que importantes sectores de, por ejemplo, las élites mexicana y chilena estaban opuestas a una liberalización del comercio. Por contra, era una vieja aspiración de las élites cubanas. Tampoco la caída del nivel de exportaciones fue suficiente para que un fuerte deseo independentista tuviera lugar en México, aunque ciertos autores han comprobado que alguna de las guerras de independencia se produjo al mismo tiempo que pérdidas sensibles en el comercio exterior. Domínguez, sin embargo, apunta que en Cuba, a pesar de haber sufrido pérdidas importantes en su comercio exterior antes de 1810, nadie se levantó en armas contra el poder central.

Se ha dicho que el crecimiento económico puede destruir las bases del sistema sociopolítico, degenerando, en el caso de tratarse el sujeto de una colonia, en guerra de independencia. Domínguez rechaza esta teoría y para ello expone el ejemplo cubano: Cuba fue, en aquella época, la colonia más próspera de todas las de América. Chile, en contraposición, tuvo un crecimiento muy desigual y ello no fue óbice para que llegado el momento de la rebelión, ésta tuviera lugar.

No es factible, en opinión del autor, la hipótesis según la cual la legitimidad imperial colapsó en 1808, como ya se ha sugerido incluso hasta límites que llegan al abuso. Domínguez recuerda que ya durante la guerra de Sucesión se produjo una situación parecida de

vacío de poder y nadie entonces se sublevó, como tampoco aparecieron movimientos independentistas. Aduce también Domínguez, que algunas de las sublevaciones aparecieron antes del colapso imperial en 1808.

Tampoco le gusta al autor la hipótesis que defiende que algunas colonias se rebelaron porque empezaron a perder cariño a lo que España significaba. Aparte de sonar a burdo argumento infantil, las poblaciones criollas venezolanas de Coro y Maracaibo podían mostrar, y de hecho lo hacían, desagrado hacia España en cuanto componentes que eran del estamento criollo y, sin embargo, permanecieron fieles. Añade el profesor Domínguez que la competencia entre las élites de los diferentes estamentos no es suficiente explicación, ya que dicha competencia existía tanto en las colonias que se sublevaron, como en las que se mantuvieron fieles.

No se sostiene, para Domínguez, la teoría de que las áreas que permanecieron fieles eran, entonces, las que alcanzaban un menor grado de modernización, mientras que las que se rebelaron eran las más avanzadas. Tanto Cuba, como Maracaibo y Coro, se encontraban entre las sociedades más desarrolladas de América en aquel tiempo y, sin embargo, no se levantaron en armas contra el poder metropolitano. Si bien, reconoce el autor, el sur de Chile y el norte de Nueva España eran zonas que arrastraban un importante atraso con respecto a sus respectivas regiones vecinas, mostrándose fieles a España en el momento de la sublevación.

Domínguez se muestra reticente al examinar uno más de los tópicos que se han avanzado para explicar la independencia de los países del centro y sur de América. En su opinión, la teoría de que la rebelión se inició a causa de que las élites criollas tenían cerrado el acceso de sus miembros al poder, es, por sí sola, bastante débil, ya que no son los casos ni de Chile ni de Cuba. Por si fuera poco, había casos entre las cuatro colonias que ocupan el estudio de esta obra, de criollos

al cargo de puestos importantes en toda la escala del poder, desde puestos civiles a puestos eclesiásticos y mandos militares.

Se ha dicho, asimismo, que los gobiernos virreinales, así como el central, colapsaron porque eran tradicionales y rígidos. Y, sin embargo, recuerda Domínguez, se realizaron considerables esfuerzos en pos de modernizaciones de todo tipo, incluso, dice, a veces se utilizaron planteamientos radicales o liberales para lograr dicho fin. Bajo el poder central español, la escala social de blancos y negros era móvil, y se puede decir —el autor al menos así lo expresa— que el gobierno de España promovió la movilidad social de los hombres de color dentro del sistema que, incluso, permitía que oficiales negros formasen parte de las filas de su ejército, teniendo bajo sus órdenes a personas blancas. El ejemplo de Venezuela es, en este sentido, significativo, ya que los negros prestaron su apoyo a la Corona para que retuviera el poder.

No resulta aceptable para el autor la hipótesis de que un pequeño descenso en la proporción de criollos miembros de las más importantes instituciones de gobierno fuera provocación suficiente como para iniciar la revuelta, pues, se recuerda, que a principios del XVIII se produjeron importantes descensos en esta proporción, sin haber levantamientos.

Es, pues, evidente que ninguna de las explicaciones que a lo largo de más de ciento cincuenta años de independencia se han barajado, satisface, por sí sola, a nuestro autor. Es posible que tratándolas en su conjunto no se pueda llegar a apreciar con nitidez sus reales influjos de interacción en un momento cronológico concreto. Pero lo que sí parece claro es que, muchas veces, la independencia, aunque no totalmente explicable por ninguna de las hipótesis desechadas sucesivamente por Domínguez en tanto en cuanto actores individuales en un mismo marco histórico, si se puede entender, en algunos casos, por la conjunción de dos o más de estas hipótesis. En apariencia, el profesor

Domínguez no se detiene a examinar esta posibilidad que, en mi opinión, sí presenta visos posibles de materialización concreta. Sí, en cambio, hay que estar de acuerdo con Domínguez, en que ninguna de las explicaciones tradicionales criticadas en su libro merece, en solitario, la exaltación histórica de causa única y verdadera de la emancipación hispanoamericana. El caso de México es, en este sentido, elocuente; no es en absoluto creíble que la estratificación social del país fuera causa suficiente para levantar al pueblo en contra del gobierno legalmente constituido; como tampoco el colapso del poder central en la primavera de 1808 con motivo de la invasión francesa; ni las anticuadas estructuras del virreinato totalmente estancadas en su evolución en contra de los vientos industrializadores que empezaban a correr, no sólo por Europa, sino también por el Nuevo Mundo; ni la rigidez de los postulados del gobierno virreinal (virrey y Audiencia) en sus tomas de posición, tanto políticas como económicas; ni siquiera el bloqueo al que los criollos se veían sometidos en sus ambiciones —legítimas— de autogobierno. Pero de lo que no cabe duda es que la interacción de todos estos factores en el espacio y en el tiempo es razón suficientemente contundente como para estar en disposición de avanzar las explicaciones necesarias que hagan creíble el hecho de la independencia americana, mexicana en este caso concreto.

La discusión no acaba, no obstante, ahí. Después de analizar exhaustivamente las más conocidas hipótesis explicativas del fenómeno de la independencia americana, Jorge Domínguez entra en polémica con los más afamados autores que se han ocupado del tema. En primer lugar, no acepta en su totalidad las razones expuestas por John Lynch en el sentido de que, en la opinión del historiador inglés, las insurrecciones fueron la culminación de un largo proceso de alienación en el que los hispanoamericanos tomaron conciencia de su propia identidad, se mostraron conscientes de su propia cultura y orgullosos de sus propios recursos.

Domínguez, por contra, apunta que todos estos procesos fueron muy importantes, cruciales, pero insuficientes. Para demostrarlo expone el caso de Cuba, en el que la élite criolla desarrolló una conciencia nacional tan importante como cualquier otra y, a pesar de ello, no se sublevó.

Para Néstor Meza Villalobos, los chilenos, hacia el final de la primera mitad del siglo XVIII, adquirieron conciencia de su destino común, un sentimiento de patria, pidiendo la satisfacción de las injusticias cometidas. Domínguez se pregunta y pregunta a Meza Villalobos por qué no se sublevaron entonces las élites chilenas contra el poder metropolitano. José Valero Silva insiste en un sentido contrario; en su opinión, en México, en 1810, no existía una verdadera conciencia nacional. Para el historiador mexicano hubo que esperar hasta los periodos de la Reforma (Juárez) y de las guerras internacionales para que se pudiera hablar con alguna base de la formación de una auténtica conciencia nacional. ¿Por qué —se autocuestiona Domínguez— el comienzo de la sublevación tiene lugar en 1810? Para él la explicación habría que haberla buscado en las relaciones entre las élites y el gobierno, que serían más decisivas a la hora de explicarse el nacimiento de la insurrección o el mantenimiento de la lealtad, lo que constituye la aportación fundamental del trabajo que en estas páginas se comenta. No hay que desdeñar, sin embargo, otras razones en las que abunda el autor, para quien cuando un imperio burocrático y centralizado, como el español, pierde un cierto equilibrio interno, social, económico, político, religioso e intelectual o sus bases de legitimación tradicionales no están armonizadas con las necesidades del gobernante para adquirir recursos modernos y ampliar el campo de acción y su dominio de poder, todo el entramado jurídico-burocrático se viene abajo de la manera más estrepitosa; el colapso del equilibrio y de la armonía interiores del imperio español, verdaderos basamentos de su estructura, constituye una causa más, no menos im-

portante, para que en determinado momento los componentes de tal estructura se sublevaran, al mismo tiempo que otros permanecían fieles. Brevemente se podría decir que la quiebra viene dada por el intento de mantener un imperio que, a un tiempo, era demasiado tradicional y demasiado moderno. Es igualmente importante el aporte metodológico que esta obra supone, al poner en relación los componentes históricos del tema en sí, con las ventajas que nos ofrecen otras ciencias sociales, algo que parece muy natural después de haber leído y utilizado la obra científica del profesor Jorge Domínguez.

POLÍTICA NORTEAMERICANA EN AMÉRICA CENTRAL Y LAS ANTILLAS

Ya decía al principio de esta nota, que cualquier análisis en profundidad —alejado por supuesto del mero tratamiento informativo de la prensa cotidiana— estaría de la más candente actualidad, pues no es exagerado decir que, junto al área geográfica del Oriente Próximo y Medio, América Central constituye el mayor foco de tensión internacional en el mundo de hoy. No es casual. La posición geográfico-estratégica que esta zona ocupa puede decirse que es envidiable, o penosa, según se vea: como cualquier zona de contacto de la Tierra, ésta es codiciada primero por sus valores estratégicos desde posiciones universales de hegemonía, y segundo, por la utilidad económica de que goza al servir de intermediaria comercial entre diferentes áreas geográficas —en ambos aspectos, la estrategia y la economía, el canal de Panamá juega un papel fundamental—. En este último sentido, tanto las Antillas como los países de la América Central ponen en relación los dos océanos más importantes del mundo; ponen en contacto el norte y el sur del hemisferio americano; y, por fin, sirve de paso —el canal de Panamá—

para el comercio con Europa y Norte de Africa —y viceversa— de los países americanos que sólo cuentan con costas al Pacífico, es decir, Chile, Perú, Ecuador, quizás Bolivia —país que perdió su única salida al mar— y, en cierta medida, los Estados más occidentales de los Estados Unidos. De esta manera, el tema, tan movilizador para cualquier espíritu medianamente preocupado, es tratado por Domínguez en su trabajo *U.S. Interests and Policies in the Caribbean and Central America*, a la búsqueda quizás de una respuesta que solucione los dramas que se ciernen sobre aquellas tierras. Pero también, y sobre todo, para hallar la salida a una política de «cul-de-sac» que, desde que la Administración Reagan entró en funciones, ha situado las expectativas estadounidenses de hegemonía en simple éter volatilizado que prácticamente obliga al empleo de la fuerza —física y de influencia— para mantener un tipo de relaciones —hasta ahora de amistad— que ilustraron un pasado beneficioso para ambas partes.

Las relaciones entre los Estados Unidos y los países centroamericanos y caribeños no se entienden sino dentro de la actual dialéctica de bloques, es decir, la confrontación Este-Oeste. De tal forma que no es extraño que un funcionario norteamericano de la Secretaría de Estado escribiera que gran parte de los errores norteamericanos en Iberoamérica han sido debidos al temor de que dichas naciones caigan de nuevo bajo el dominio europeo. A lo que Domínguez añade: «sustitúyase europeo por cubano y soviético y la declaración sigue estando plenamente vigente». No obstante, es muy posible que después de un análisis exhaustivo haya que mostrarse comprensivos. No es para menos. Es de vital importancia para la seguridad defensiva de los Estados Unidos estar en condiciones de ejercer un control absoluto sobre esta zona suroriental de su espacio geográfico, a la que también ellos mismos pertenecen como país ribereño del Caribe. Por otra parte, como ya señalaba más arriba, gran parte de los sumi-

nistros de los estados occidentales de la Unión dependen del paso interoceánico de Panamá. No es, pues, extraño que el vital impulso que empuja a los norteamericanos a establecer su hegemonía sobre las Antillas y Centroamérica esté plagado de errores cuando, sobre todo, no se actúa con la sangre fría precisa. Un ejemplo significativo fue la famosa crisis de los misiles soviéticos en Cuba; otro, la invasión de la República Dominicana. La política visceral y absurda de la Administración Eisenhower ante el cambio de gobierno en La Habana con motivo de la derrota del régimen corrupto de Batista, empujó al naciente régimen castro a los brazos de la Unión Soviética, deseosa por entonces de contar con una base ideológica, primero, logística después, en zona tan importante desde el punto de vista estratégico al que obliga el enfrentamiento Este-Oeste. No fue eso lo peor. Con la llegada a la Casa Blanca de un nuevo presidente en 1961 —John F. Kennedy—, los errores en este importante campo de la política exterior norteamericana no sólo no se intentaron remediar, sino que el empuje nacionalista de ciertos sectores o *lobbies* de la sociedad estadounidense motivaron un enfrentamiento aún mayor hacia el régimen de Fidel Castro, y de ahí, a la instalación de misiles de alcance medio apuntando a los centros vitales de los Estados Unidos, sólo hubo un paso.

Domínguez, con su libro, lo que intenta es ayudar a buscar una salida inteligente al callejón sin salida de que hablaba antes, manteniendo a la vez las características hegemónicas de la política de la Casa Blanca en un área que hasta el momento ha sido de su exclusivo dominio (algún malévolo comentarista la ha calificado, no sin falta de razón, de «coto privado de caza»). No obstante, la tarea no es tan simple. Si el mundo hoy está dividido en diversas zonas de influencia correspondientes, respectivamente, a las dos grandes potencias —en grados diversos— es debido a las consecuencias de la Conferencia de Yalta (febrero de 1945), por un lado, y a la permanencia de ciertos prin-

cipios políticos que, a lo largo de los últimos decenios, se han manifestado inmutables, por otro; estoy hablando, por supuesto, de las distintas doctrinas de política exterior que desde Washington han intentado —y conseguido— por medio de diferentes argumentaciones, el dominio político y económico de los vecinos estadounidenses del sur: el «Continental Destiny» de Jefferson, la Doctrina Monroe, el «Destino Manifiesto» de Hayes, el «Big Stick» de T. Roosevelt, etc. Lo que en definitiva late en la idea de Domínguez es hacer ver la necesidad de la enunciación, por parte del poder ejecutivo norteamericano, de una nueva doctrina en política exterior que, sin menoscabo para la soberanía de sus vecinos, no suponga la pérdida del nivel de hegemonía hasta ahora alcanzado. En este sentido, el autor propone una remisión en los miedos tradicionales de los políticos estadounidenses a la posible intervención de otras potencias —y cita los casos de México, Venezuela, Japón y los países europeos con intereses legítimos en la zona— en los destinos político-económicos de los países implicados, además de un respeto a las decisiones que se tomen en tanto en cuanto que entes soberanos, dentro de un acatamiento, si se quiere indirecto y formal, de la doctrina Estrada, obviando de esta forma el sistema de gobierno elegido por el país implicado. Muchas veces la particular concepción de la idea de Libertad por parte del ejecutivo norteamericano ha motivado su intervención, si no directa, sí al menos indirecta, a través de los múltiples y poderosos medios con que cuenta el poder más grande de la Tierra. Domínguez lo deja bien claro cuando pide y reconoce, a quien se considere receptor de su consejo, que el idealismo hace tiempo que murió en el mundo; un poder tan decisivo como el que está en *manos de los Estados Unidos no puede estar basado en conceptos moralistas de la libertad que no sirven en un mundo tan interesado como el actual: «la política exterior norteamericana no puede estar basada en la esperanza de que un día el sueño se convierta*

en realidad». Hay que huir, en definitiva, de concepciones infantiles con influencia en la manera práctica de aplicar una determinada vía política; hay que luchar contra esta tendencia histórica estadounidense de «salvadores de patrias» más propia de una inmadurez histórica patente que de la situación hegemónica que tal país detenta hoy, y esto es lo que Domínguez implora desde sus páginas: una política exterior pragmática en contraposición a una política exterior traumática y visceral. Pero de momento no parece que haya reacción por parte del «establishment» político de Washington. Todavía se escuchan declaraciones de importantes «decision-makers» anatematizando el régimen político nicaragüense simplemente por no plegarse a las exigencias imperialistas, de viejo cuño, estadounidenses o por su rechazo al tradicional hegemonismo (algunos lo llaman influencia) norteamericano en aquel país. La repetición en Nicaragua del error Eisenhower con Cuba es lo suficientemente trascendental como para pensar que algo más grave aún de lo que está sucediendo se produzca, y de ello es muy consciente el influyente profesor Domínguez.

El autor, en su trabajo, propone una nueva metodología en el plano de las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y cada uno de los países antillanos y centroamericanos que sería superadora del papel que, arrogado por los propios estadounidenses, pretende que su gobierno sea el «Defender of Freedom» mundial, emulando así al «Defender of Faith» del siglo xvi. Qué duda cabe que hay poderosas razones históricas que explican la mencionada actitud norteamericana, ya que no en vano fueron ellos los que primero en 1916 y luego en 1941 acudieron en auxilio de Europa cuando la libertad del viejo continente estuvo en peligro. Pero tampoco cabe duda de que la repetición dual de una misma acción en un corto periodo de tiempo histórico no crea ciencia política, la cual de ninguna manera está basada en principios inmutables al estilo de algunas ciencias exactas o teológicas (que

pueden hasta llegar a cambiar en algún momento, pero que en principio son «inmutables»). Para remediar este trastorno psico-histórico, esta metodología que Domínguez sugiere está basada en el análisis de la situación mediante la aplicación de los conceptos reunidos bajo lo que él llama «intereses objetivos de los Estados Unidos» e «intereses subjetivos de los Estados Unidos». Por los primeros entiendo aquellos asuntos razonablemente bien identificados que relacionan los Estados Unidos con los países de que, en cada caso, se trate; los intereses subjetivos serían los asuntos de interés para los Estados Unidos que estén razonablemente bien identificados, pero sin relación sustancial con los países específicos. Esta fría metodología, de haber sido aplicada antes, habría ahorrado a Estados Unidos muchos errores debidos a reacciones viscerales y precipitadas: intervenciones en Nicaragua, actuación en el caso cubano o, más recientemente, el caso de El Salvador, país al que, por cierto, Domínguez identifica como un interés subjetivo de los Estados Unidos, lo que en caso de ser así, explicaría el confusionismo creado en el tratamiento del tema, tanto por parte del Departamento de Estado como por parte de la Casa Blanca, lo que es aún más grave. Muchos influyentes comentaristas de la actualidad norteamericana empiezan a preguntarse si El Salvador no será un nuevo, y más traumático aún, Vietnam, apoyándose en el principio, hoy generalmente admitido, de que ni Vietnam constituía un asunto de vital importancia para los Estados Unidos, ni lo que se podía perder —o ganar— aportaba gran cosa al devenir nacional de los norteamericanos. Sin embargo, todavía existe el temor dentro de la clase dirigente norteamericana de que en El Salvador se repita el caso de Nicaragua, y ello, porque para los Estados Unidos resulta intolerable que en una zona de seguridad en la que se aplica el principio de hegemonía no compartida se instale un gobierno que practique una política exterior beligerante contra cualquier intervencionismo norteamericano.

Como dice Domínguez, la Doctrina Monroe —que a pesar de todos los pesares sigue aún vigente— «no puede ser la base de una política exterior creíble, sino que hay que ir hacia la cooperación con los países iberoamericanos y europeos con más intereses en el área». No hay que olvidar, además, la trascendental política de negociación que la Internacional Socialista quiso emprender en el área ante el deterioro progresivo de la situación, tanto político-económica como político-social, y el papel decisivo que España y su gobierno pueden jugar en la resolución de este amenazador conflicto.

Pero el ser o no ser El Salvador un interés subjetivo de los Estados Unidos no explica, por otra parte, toda la problemática que rodea a este peligroso asunto. Incluso se podría decir que más trascendentalmente profunda es la concepción maniquea actual de la política internacional, hija directa del bipolarismo latente, que, al dividir el planeta en dos bloques antagónicos, provoca reajustes y repliegues en alguno de los bloques como consecuencia de las acciones y presiones del otro, y viceversa, no teniendo una influencia decisiva las respectivas planificaciones de la actuación en la esfera internacional. Esto explica, a mi entender, la realidad más actual del escenario internacional, razón fundamental para comprender la actuación soviética en la experiencia checa de 1968, con la enunciación posterior y consecuente de la llamada «Doctrina Breznev» de la soberanía limitada, que no hacía más que recordar que para la Unión Soviética no existe más orden internacional que el creado por Yalta. La posterior actuación en el caso afgano (1979) y las presiones constantes ejercidas sobre los dirigentes polacos para impedir a toda costa la creación de una fuerte organización sindical autónoma del Partido Socialista Unificado de Polonia (marxista-leninista) corroboran esta tesis. De igual manera, y presionados por parecidos condicionantes, los Estados Unidos se ven obligados o, más exactamente, impulsados a mostrar cuál

es su posición y cuáles son sus exigencias en una región de la Tierra en la que cada vez están más presentes los peones de la influencia soviética, independientemente de un análisis frío de la situación que demoraría la propia reacción en oposición a la acción del contrario. Y así, la influencia norteamericana —soterrada, pero no por ello menos influencia— en los gobiernos de Guatemala, El Salvador, Honduras y Haití, por mencionar solamente los casos más significativos, es obligada desde que la invasión soviética de Afganistán acabó con el sistema de *détente* en las relaciones internacionales, así como para impedir que los citados países siguieran el ejemplo nicaragüense de no alineamiento con los postulados de la política norteamericana.

La propuesta que Domínguez formula en su trabajo se aparta radicalmente de las posturas de fuerza actuales de la administración estadounidense en sus relaciones con los países antillanos y centroamericanos. Es de vital importancia para nuestro autor la reanudación de la asistencia técnica y económica a la Junta que gobierna Nicaragua; en su opinión no hay futuro para una política exterior norteamericana que, favoreciendo al actual gobierno salvadoreño, se oponga al Frente Sandinista nicaragüense: «si los Estados Unidos quieren ser el poder hegemónico en esta región, tienen que tratar a estos países por lo que son, no en base al miedo a lo que la Unión Soviética pueda hacer», a lo que añade que estas naciones no son simples peones norteamericanos en una partida de ajedrez con la URSS. Un nuevo error cubano tendría fatales consecuencias para el futuro de la humanidad. El mantenimiento de teorías políticas como la que inspiró Quincy Adams al presidente Monroe puede tener consecuencias graves al ser aplicada en unas condiciones totalmente diferentes a aquellas para las que fue concebida, al menos en lo que se refiere a sus dos principios fundamentales: impedir a toda costa cualquier intervención extra-americana en aquel continente y

ejercer un protectorado de «hermano mayor» en las relaciones interamericanas, en las que prima, sin ningún género de dudas, el dogmatismo del poderoso sobre los débiles. *Sic transit gloria mundi.*

ECONOMÍA POLÍTICA MEXICANA

No es aventurado afirmar que la situación económica por la que atraviesa México —y en general los países iberoamericanos— es la más grave de las que han afectado a aquel país americano en el transcurso de la época moderna. Una conjunción de factores altamente desfavorables para las economías de aquellas naciones se han reunido a lo largo de los últimos años para dotar a la crisis actual de sus características circunstanciales, lo que de no ser así haría inexplicable la razón por la que unos países tan poderosos en recursos de todo tipo se encuentran en tal postración y desesperación financiera, de la que sin duda tardarán muchos años en salir. Sirva para ello el ejemplo de México, país que, según datos que se acaban de publicar, deberá invertir todos los beneficios de la venta petrolera de los próximos cuatro años en pagar el servicio que su superdeuda —más de 80.000 millones de dólares— crea anualmente, no sin por ello olvidar los no menos dramáticos casos de Brasil, Argentina, Venezuela o Cuba.

Pero, con ser trascendental, no es éste —a pesar de su contundencia informativa y didáctica— el caso que ocupa el libro que, con el profesor Jorge Domínguez como editor y coautor principal, y Edward J. Williams, David R. Mares y Kevin J. Middlebrook, como coautores, lleva por título *Mexico's Political Economy. Challenges at Home and Abroad*. No por ello, su importancia es menor: el papel decisivo que de forma creciente va adquiriendo México en el concierto de las naciones a través de la evolución de su economía in-

terna y de su comercio con el exterior. A lo largo de la última década, la economía mexicana ha experimentado un cambio trascendental en todos los sentidos. Ello es debido, bien se sabe, al descubrimiento de las reservas petroleras a todo lo largo de la costa caribeña del país azteca. La fuerza de este factor ha repercutido sensiblemente en la elevación del rango internacional que hasta hace poco ha disfrutado aquel país americano, siendo la causa principal que nos ayuda a explicar el *boom* de ciertos sectores de la economía mexicana, descritos en este libro conjunto.

Antes que nada, no obstante, es preciso comentar, aunque sólo sea brevemente, las importantes ideas que el prof. Domínguez formula en la introducción, donde se sugiere que son las condiciones político-sociales las que han coadyuvado a este despegue económico. Se recuerda que México es uno de los pocos países iberoamericanos que ha disfrutado de una estabilidad política general durante más de cincuenta años, señalándose, incluso, que tal estabilidad supera ya a la de algunos regímenes europeos y al japonés. A partir de la estabilización del proceso revolucionario con la creación, en 1929, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en gran parte obra de Plutarco Elías Calles, se inicia en México un proceso de reconstrucción nacional que va a poner fin a las veleidades de la etapa revolucionaria que se inició en 1910. En opinión de Domínguez, cinco aspectos han contribuido al logro de la estabilidad político-social: primero, el apoyo al sistema por parte de las élites políticas, que pasan a engrosar las filas del PRI; segundo, una alianza de las élites en pos de un crecimiento económico, lo que produce dos efectos a largo plazo, una evolución hacia un sistema de economía mixta y un endeudamiento que comienza a ser masivo con los Estados Unidos a partir de 1960; tercero, una alianza con los Estados Unidos en la esfera internacional que ha sido, hasta mediado el mandato de Echeverría, incondicional, cambiando a partir de entonces, posiblemente debido a la

fuerza internacional de ser un importante exportador de crudos; el cuarto es que, a pesar de todo, la distribución de la renta en México permanece entre las más desiguales del mundo; y quinto, la política mexicana se mueve en un escenario en el que casi existe una igualdad de oportunidades ideológica.

Sin minusvalorar la trascendencia del apoyo prestado por las élites al proyecto político del PRI —no olvidemos la importancia que nuestro autor concede a la actuación política de las élites—, no hay que quitar relevancia, no obstante, al significado real del endeudamiento externo en el engranaje histórico mexicano. Si bien es cierto, como Domínguez señala, que a partir de 1960 se produce una concentración masiva de riesgos en el mercado crediticio estadounidense por parte de México, no hay que olvidar el hecho más actual de tal tendencia mexicana, consecuencia directa de buscar casi exclusivamente —y no menos obsesivamente— financiación en los Estados Unidos: el crédito a México ha alcanzado tales cotas, que una quiebra o una suspensión de pagos de dicho país arrastraría tras de sí a miles de pequeños ahorradores norteamericanos que han invertido su pequeño capital en acciones de bancos con concentraciones de riesgo en México, que superan el 70 por 100 en algunos casos. De tal forma que se genera un efecto de ida y vuelta que impide utilizar el endeudamiento, por parte del país acreedor, como arma arrojadiza contra el país endeudado, o más simplemente, como forma de presión a la hora de aplicar una determinada política en un caso específico, ya sea de política interior o de política exterior. Este efecto de ida y vuelta, ata a los dos países obligándolos a un cierto nivel de entendimiento. Claro que *nobody's perfect* y este irritante intermediario que es el endeudamiento externo en las relaciones entre estos dos países americanos, se podría quebrar si México decidiese, en cualquier momento, recurrir al Fondo Monetario Internacional para solucionar su aguda crisis, obligándose a cumplir las estrictas y severas normas que

el FMI impone a los países a los que presta su auxilio económico. Por su parte, los Estados Unidos ya han decidido rebajar su *Prime Rate*, lo que constituye un paso importantísimo —a lo que se añade su tendencia internacional a la baja— para una sensible mejora de la crisis económica internacional. El abaratamiento del crédito internacional no es, desde luego, la panacea de los remedios financieros, pero si ayudará a que los créditos futuros no signifiquen la hipoteca del Estado débil frente al podroso, lo que sin duda cooperará a quitar dramatismo a las actuales relaciones internacionales, empezando por el diálogo Este-Oeste, y siguiendo, sobre todo, con las relaciones Norte-Sur, crispadas, entre otras cosas, por las dificultades económicas al borde del abismo de algunos países de decisiva importancia mundial.

El tercer aspecto, que en la opinión de Domínguez ha coadyubado a generar la estabilidad política mexicana, ha sido la autosujeción en los Estados Unidos de ciertas tendencias que, durante el siglo XIX y principios de éste, afectaron a las relaciones entre los dos países: la ocupación de territorios hasta entonces de plena soberanía mexicana, las intervenciones para promover la democracia (una vez más, salvadores de patrias), los castigos a los «malos», etc. Sin embargo, a partir de 1940, todo esto deja de estar presente en estas relaciones de vecindad: México decidió unilateralmente iniciar un proceso de desarme ante la constatación de que en caso de invasión del país por parte de alguna potencia de importancia internacional, poco se podría hacer en realidad (principio que sin duda queda desmentido después de las experiencias de Estados Unidos en Vietnam y la URSS en Afganistán), mientras que una alianza con el poderoso país del norte, le reportaría seguridad en sus fronteras y una cierta independencia de criterio en la escena internacional, dentro de unas coordenadas delimitadas por el hecho cierto de que México no se aliaría jamás con ningún enemigo de los Estados Unidos. No obstante, y a pesar

de todo, la posición mexicana respecto al conflicto centroamericano, constituye una seria preocupación de la política exterior de la Casa Blanca al apoyar diáfana-mente una salida diferente de la que con tanto ardor, y no menos gasto económico, está llevando a cabo la administración de Ronald Reagan para demostrar que las soluciones que por parte de Washington se ofrecen, son las únicas posibles en tanto en cuanto el poder decisorio estadounidense siga tan altamente cualificado.

Si bien hay que reconocer que el descubrimiento de las enormes reservas de petróleo en México ha dado alas a su política exterior y, en cierta medida, también a la interior, la situación social de la población no deja de ser un importante lastre en pos de la constitución de un importante polo de decisión internacional al sur de las fronteras estadounidenses. No obstante, y como el profesor Domínguez constata, los avances en estos últimos cuarenta años de estabilidad política han sido importantísimos, aunque esta misma estabilidad se convierta en esclerosis del sistema cuando se certifica que con los medios disponibles, la evolución debiera haber sido mucho mayor. Los mexicanos son conscientes de que cada uno de ellos es parte importante en el llamado milagro económico que se ha desarrollado en el transcurso de las últimas décadas, algo que queda reflejado a la perfección en el espectacular incremento del Producto Interior Bruto hasta la fecha, beneficio que ha repercutido directamente en la población y en su calidad de vida: si en la primera mitad de los años cincuenta, la esperanza media de vida de los mexicanos se situaba entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años, veinte años después está ya entre los sesenta y los sesenta y cinco años. Esta evidente mejora deslucen un poco cuando el investigador se percata de que la distribución de la renta sigue siendo tan injusta como antaño. Jorge Domínguez aporta el dato esclarecedor de que siete estudios consultados demuestran que la distribución de la renta ha permanecido prácticamente invariable entre 1950 y 1977, lo que se apoya en la

evolución del coeficiente Gini (mecanismo para medir desigualdades), que en el mismo período de tiempo ha variado mínimamente desde el 0,45 al 0,57. La causa, sin embargo, no hay que buscarla tanto en las desigualdades que se ven favorecidas por el sistema, como en la profunda estratificación de la sociedad mexicana, no sólo en clases, sino en etnias coincidentes de manera abrumadoramente masiva con las respectivas capas sociales. En este sentido, México arrastra una situación que ya se vio fomentada por la administración española del virreinato de Nueva España, el cual, por ejemplo, vedaba el acceso de los criollos a las fuentes del poder regional, sin hacer mención de negros, meztizos, indios o mulatos; la conquista del poder por parte de los criollos, no supone ninguna mejora para las capas tradicionalmente más desfavorecidas en el reparto social, sino el propio estancamiento de sus componentes en la cúspide del poder nacional. Ni la revolución, ni ésta institucionalizada (PRI), han logrado superar esta lacra secular de un sistema político ampliamente desfasado, que algún día sufrirá las consecuencias de su propia esclerosis burocrática, pues, si algo es realmente cierto hoy en día en México, ello es el imparable crecimiento demográfico, y no precisamente el de las clases más favorecidas. Por cierto, se echa de menos, en esta obra de conjunto, un estudio serio de las consecuencias del desmedido crecimiento demográfico mexicano en las relaciones internacionales del país azteca.

El amplio arco social mexicano no está, ni mucho menos, reflejado en el no menos extenso espectro político que permite el sistema, de hecho, uno de los más permisivos de toda América, incluidos los Estados Unidos. El régimen mexicano, directamente inspirado en las consecuencias de la revolución de 1910, tiene unas características tan determinadas, según Domínguez, que se puede decir que todas ellas son firmes columnas de soporte para el edificio de la democracia mexicana: nacionalismo, crecimiento económico, reforma

agraria, nacionalización de las empresas extractoras de crudo y gas natural, Estado secular, además de pluralismo, flexibilidad y tolerancia ideológica. La particularidad, no obstante, de este sistema político, hace que sea prácticamente imposible el acceso al poder de otro partido político fuera, por supuesto, del que posee el usufructo de las esencias revolucionarias y en ello no insiste Domínguez como debiera, ya que ahí, precisamente, reside la razón primera por la que el PRI obtiene, en su relación con México —representación fidedigna del coito del príncipe con la isla de que hablara N. Brown—, tan suculentas rentas políticas, no sólo para sus cuadros dirigentes, sino para los intereses internacionales de los Estados Unidos, en trágica versión del célebre *ménage à trois*.

El primer tema de estudio, en cuanto al resto de la obra colectiva que dirige Jorge Domínguez, se ocupa de los hidrocarburos. Su autor, Edward J. Williams, lo ha titulado «Petroleum and Political Change», queriendo seguramente poner en solfa la importancia de los recientes descubrimientos de hidrocarburos (1974) para el futuro de las estructuras socioeconómicas, políticas y culturales mexicanas. No le falta razón al autor al demostrarnos en sus páginas que las inmensas reservas mexicanas de petróleo tienen (escribe en 1982) y tendrán un efecto de cambio sobre las subestructuras económicas de México. En teoría, los beneficios del petróleo deberían haber sufragado los sectores deprimidos de la economía azteca, como, por ejemplo, la agricultura, o haber sido dirigidos a remediar problemas sociales de tanta importancia como el del desempleo rampante. Esto, como decía, en teoría, en una situación cercana a la ideal. Hoy, sin embargo, es bien sabido que los beneficios de la venta del petróleo han de ir dirigidos a enjugar las deudas contraídas por la administración López Portillo, que, creyendo infantilmente en una era infinita de prosperidad, hipotecó al país internacionalmente con una deuda que, en estos momentos, supera ampliamente

los diez billones de pesetas. La megalomanía de López Portillo ha obligado a suspender proyectos de desarrollo y mejora social que hubieran podido, eventualmente, convertir a México en ese nuevo polo de decisión que el mundo americano está necesitando con urgencia. Con Williams y sus conclusiones, hay que estar obligadamente de acuerdo en las condiciones, utópicas hoy en día, mexicanas de 1982: la prosperidad del petróleo, adecuadamente gestionada, podría haber cambiado, en poco tiempo, las características de subdesarrollo actualmente presentes en México, como nación y como sujeto de relaciones internacionales. 1983 impone, no obstante, otra lectura no menos espectacular de la situación mexicana: el actual caos económico, no sólo no va a ayudar al progreso económico de México y sus habitantes, sino que puede ser perfectamente regresivo, si tenemos en cuenta que algunos sectores sociales, al tomar conciencia de los fallos de la burocracia gobernante, pueden decidir reabrir el proceso cerrado con la institucionalización y consolidación de la revolución (PNR, PRM, PRI) a finales de los años veinte y a lo largo de los treinta, respectivamente. La desestabilización acecha, pues, al proyecto político del PRI. Es obligadamente necesario que sus dirigentes abran la espita de la evolución interna si no quieren que el pastel, o bien se les escape de las manos, o bien se les derrita en ellas, lo que sería igualmente dañino para un país que está angustiosamente necesitado de estabilidad política para crear la económica y así superar el gran vacío del macroendeudamiento exterior actual.

La segunda parte del libro, engloba el tema general del comercio agrícola mexicano, sus intereses nacionales y sus relaciones internacionales. Su autor, David R. Mares, ha dividido su estudio en cuatro partes significativas. En primer lugar, analiza la evolución del mercado internacional de productos agrícolas de invierno, que, fundamentalmente, afecta al comercio exterior de México con los Estados Unidos,

así como la evolución de la política oficial mexicana, que de siempre ha estimulado la integración y fuerte presencia de tal agricultura especializada en los mercados internacionales. Aquí, en esta primera parte, también se toca el problema de la formación de una burguesía rural dependiente y su transformación en un colectivo social independiente. Un segundo punto de trabajo, estudia la política de producción de hortalizas y verduras en el estado de Sinaloa, para pasar enseguida a analizar la organización de la burguesía rural y la muy particular burguesía del valle de Culiacán. Por último, se examina la relación entre esta burguesía local y el Estado mexicano en relación a la política nacional de exportación de hortalizas. A través de tales puntos, David Mares, demuestra la importancia del comercio bilateral en las relaciones exteriores de México y los Estados Unidos, país que anualmente adquiere una importante parte de la producción mexicana, aportándose el dato de que más del 60 por 100 de las exportaciones e importaciones mexicanas están en relación con el mercado norteamericano, lo que viene a corroborar la estrechez y atadura, comercial y de todo tipo, de México con su gran vecino del norte, aserto que muy bien pudiera ser una brevísima conclusión de este libro colectivo.

La metodología seguida por el editor, profesor Domínguez, lleva al libro a tratar, dentro de la tercera parte, las implicaciones internacionales de lo que el autor, Kevin J. Middlebrook, conoce por «cambio laboral», con especial referencia a la industria del automóvil en México. Las dimensiones internacionales del cambio laboral mexicano es, pues, la preocupación fundamental de los autores a la hora de entender el móvil que impulsa la política exterior mexicana, en su apartado comercial. Middlebrook, a través del bosquejo del nacimiento de la industria automovilística mexicana, nos lleva al doble plano de las relaciones laborales, formación de sindicatos y relaciones con otras estructuras sindicales del sector del metal,

además de las relaciones internacionales de estas industrias del motor con sus casas matrices, en principio estadounidenses, pero más tarde también europeas y japonesas. Hay una hipótesis fundamental de trabajo que, aunque no se cita claramente, se percibe nítidamente: la bonanza económica que para los mexicanos y sus expectativas de un futuro mejor, han supuesto los descubrimientos de inmensas reservas de hidrocarburos. Ello habría supuestamente redundado en una expansión sin igual de las industrias de automóviles con base en México. El desarrollo de los acontecimientos económicos internacionales a lo largo de 1982 y primeros meses de 1983, obliga a un serio replanteamiento de unas perspectivas realizadas con demasiada alegría. El orden económico internacional de Bretton Woods todavía sigue vigente y ello, a la postre quiere decir, que los países de la periferia permanecerán en el actual aislamiento decisivo, mientras los países dominadores de la escena económica internacional así lo deseen.

El profesor Domínguez, a cuyo cargo está la responsabilidad de esta edición, se ha reservado, para analizar en la cuarta parte, y última, de este libro, la proyección de la economía mexicana en la escena internacional: «International Reverberations of a Dynamic Political Economy». El estudio, breve, pero no por ello menos sistemático, analiza, en primer lugar, las condiciones estructurales del sistema económico mexicano, para pasar inmediatamente a resaltar la importancia de los movimientos migratorios mexicanos, sobre todo, aquellos dirigidos a los Estados Unidos, adonde se encamina más del 95 por 100 de este flujo de población tan característico del país azteca. Pero, sin duda, la estructura del sistema político mexicano no deja de tener su importancia e influencia en el devenir de su economía, por ello Domínguez no puede soslayar la relevancia de tres vectores que se manifiestan en este campo concreto: la presidencia de la república y lo decisivo de su acción en materia eco-

nómica; las burocracias gubernamentales y paraestatales; los grupos de interés en disposición permanente para alcanzar su propósito particular antes que el interés nacional. En este marco, el periodo de seis años en el poder —sexenio— que disfruta cada presidente de México, no deja de tener, para el autor, un significado concreto: la falta de continuidad en la política económica, que hace necesaria la reforma de los planteamientos de la anterior administración —sean éstos buenos o malos—, cuando el presidente elegido toma posesión de su cargo, ello a pesar de la pertenencia de los presidentes a un mismo partido político desde la institucionalización de la revolución en 1929. Este inmenso capital político de estabilidad no ha sido aprovechado adecuadamente por la clase dirigente del priismo, que ha contado, a lo largo de estos años, no sólo con la colaboración más fiel del pueblo, sino, lo que es más importante, con la sumisión de los partidos de oposición, que sólo en los últimos años están empezando a despertar de un largo letargo institucional. Esta posibilidad real de reforma económica se habría visto ayudada por el hecho de que, a diferencia de la mayor parte de países centro y suramericanos, la economía mexicana no ha estado fundada sobre el monocultivo dominante y avasallador que hubiera supuesto la sumisión nacional a la dictadura del mercado impuesta por el actual orden económico internacional, pues es cierto que, como subraya Domínguez, hasta el comienzo de las exportaciones masivas de crudos, ningún producto mexicano de exportación superaba la cuota del 10 por 100 del total de las exportaciones. En condiciones ideales, el petróleo habría supuesto, dentro de los cánones de una gestión adecuada, el relanzamiento definitivo de México como potencia industrial de primer orden. Es de general conocimiento, sin embargo, hasta qué punto ha dado de sí, cuando los países occidentales, para combatir la recesión provocada en 1973 y 1979 por el aumento espectacular de los precios petroleros de la OPEP, pri-

mero lucharon hinchando sus respectivas economías con medidas inflacionistas creadoras masivas de créditos baratos, para, más tarde, imponer postulados monetaristas de signo totalmente opuesto a la política económica previa, yugulando el posible avance económico de los países en vías de desarrollo, México entre ellos, que se ven obligados a frenar cualquier inversión interior para destinar esos fondos a pagar enormes cuentas deudoras. Esto es lo que ni en el libro, ni en esta su cuarta parte, es tratado por los autores, en parte debido a que las consecuencias de la nueva política económica de los países más desarrollados no se habían aún desatado a la hora de redactar esta obra. Se llega incluso a decir en sus páginas, que las exportaciones petroleras podrían posiblemente sobrevalorar el peso mexicano en los mercados internacionales; la ventaja que supone comentar estos hechos en 1983 es, fundamentalmente, la de saber que no sólo eso no será así, sino que el gobierno ya lo ha devaluado en más de una ocasión, en un intento de salvar el difícil *statu quo* interior y la no menos trágica situación exterior. Hoy en día no se puede tanto decir que del planteamiento económico de la nueva administración de Miguel de la Madrid depende la salida de esta profunda crisis, como que es en el cambio de coyuntura mundial. Es decir, si la solución de que los países más desarrollados sean capaces de salir de su difícil y propio estado de crisis, puede considerarse la solución de la crisis económica mexicana.

El propósito del libro, no obstante, está ampliamente cumplido; se trataba de reunir esquemas de relaciones internacionales y qué duda cabe, que tanto los hidrocarburos, como los cultivos mexicanos de invierno y la industria automovilística, cumplen perfectamente su función, al ser trascendentales en los organigramas estructurales de la economía de México. El libro era, por otra parte, necesario, porque México se está, o mejor dicho, se estaba antes de esta crisis, convirtiendo en un importante foco de poder mundial

y, sobre todo, regional, que amenazaba la prepotencia estadounidense en el hemisferio americano, haciendo preciso un conocimiento más en profundidad de cuáles son o iban a ser las características del nuevo Estado que estaba surgiendo entre el istmo centroamericano y el río Grande. En este sentido, la finalidad está ampliamente lograda.